

plexión delgada, semblante y maneras agradables; ligeramente sordo, alguien me ha dicho que este pequeño defecto desaparecía al salir el Sr. Jiménez de Morelia, usaba el pelo corto y la piocha y bigote a la usanza de los militares de entonces.

Al hacerse cargo del Gobierno en 1885, contaba cincuenta y cuatro años. Su carácter era, por lo general, amable; aun cuando en 1891, ya para finalizar su Gobierno, su humor se había agriado un poco, tal vez por sus enfermedades cansancio o las contradicciones sufridas.

La ilustración que poseía era la que adquirió en el Seminario de Oaxaca, cuyas aulas frecuentó algunos años, siendo en dicho Plantel discípulo de Dn Porfirio.

Era amante de la lectura y muy versado en la Historia de México que conocía hasta en sus más pequeños detalles. No ignoraba la Historia Universal ni los principales puntos de la Legislación Mexicana.

Amigo de frecuentar la compañía de hombres de letras, con motivo de la inauguración de las estatuas y de otras mejores, invitaba a Michoacán a escritores metropolitanos a quienes agasajaba y distinguía especialmente; su Secretario Particular, durante algún tiempo, fué el periodista Rafael Reyes Espíndola y dispuso que en la "Gaceta Oficial", que dirigía Ignacio Ojeda Verduzco se dieran a luz artículos interesantes sobre Sociología, Ciencias, Literatura e Historia. Pueden verse las colecciones de dicho periódico para comprobar esta afirmación.

Desde el año de 1882 empezaron las "Memorias del Gobierno" a publicarse ilustradas con multitud de suplementos curiosos relativos a la Estadística, Geografía e Historia del Estado y el Sr. Jiménez, en su Gobierno, ordenó que se continuara esa costumbre; de esa manera, las citadas memorias traen datos muy importantes, que todavía pueden consultarse con bastante provecho.

La modestia del Sr. Jiménez era proverbial. En las frecuentes visitas que hacía a los pueblos del Estado, cuando algún hacendado le ofrecía carruaje para él y sus acompañantes, lo rehusaba cortesmente, diciendo que un soldado jamás debía usarlo y así viajaba a caballo y algunas veces a pié, entre dos pueblos de corta distancia, especialmente si lo acompañaban individuos de la raza indígena.

En las comidas que le ofrecían en los pueblos que visitaba, de antemano prohibía los brindis, proponiendo que cada uno de los presentes expresara, en cortas palabras, su pensamiento sobre los problemas sociales, sobre la Patria, los héroes o cualquiera otro tema que no encerrara elogio alguno para el Gobierno o sus representantes. De esta manera el

Sr. Jiménez conocía la opinión de los hombres con quienes trataba. En todas esas reuniones prohibía terminantemente que se tomara vino, pues era enemigo de la embriaguez y detestaba todos aquellos de sus empleados de quienes llegaba a conocer que habitualmente se dedicaran a la bebida.

Era afecto a hablar, y su tema favorito era el amor a la Patria, relatando anécdotas curiosas de los prohombres de nuestra Historia Nacional a quienes había conocido o tratado, o por referencias de aquellos que habían figurado en nuestra guerra de emancipación. Sus favoritos eran Morelos y Ocampo y como el primero tomó a Oaxaca y operó en aquella región, conocía el Sr. Jiménez datos muy interesantes de la historia de aquel héroe. A Ocampo decía haberlo conocido en Veracruz, cuando residió allí el Gobierno y era el expresado Sr. Ocampo miembro del Gabinete de Juárez; relataba anécdotas en las que recordaba la vasta cultura y la firmeza de principios de nuestro gran Reformista.

A Michoacán y a los michoacanos los estimaba muy sinceramente y dió una buena prueba de ello, cuando, al principiar su Gobierno, vinieron un gran número de oaxaqueños a pedirle empleo en su Administración, amparados por el paisanaje, la amistad o cualquiera otra circunstancia; el Sr. Jiménez les contestó que Michoacán tenía la obligación de emplear en su Gobierno a sus propios hijos, pues este Estado tenía hombres cultos, que podían desempeñar satisfactoriamente cualesquiera de los puestos del Gobierno. Despidió a sus paisanos afablemente, obsequiándoles el pasaje para los lugares a donde intentarían regresar.

Profesaba las ideas liberales radicales y en su tiempo se prohibió que una asociación religiosa denominada "Cofrades de Nuestro Amo", que acompañaban por las tardes la carroza del viático, con velas encendidas e insignias del culto, continuaran en sus prácticas, en acatamiento a las leyes.

Transformó la ciudad de Morelia, que era una población sucia, semi destruida por tantos años de guerras civiles y sin alumbrado ni pavimentos, en una capital moderna, con jardines, paseos, estatuas, pavimentos, alumbrado eléctrico; en suma, digna de figurar al lado de las mejores de nuestro país.

Al visitar una población se dirigía inmediatamente a las Escuelas, tomando nota de sus necesidades para satisfacerlas por medio de un empleado que exclusivamente traía en sus viajes para este objeto. Estimulaba a los Profesores y daba obsequios y premios a los niños que más se distinguían en el examen que frente a él se les practicaba.

Cuando, en algún lugar, las Escuelas Particulares estaban instala-

das en mejores edificios que las del Gobierno, instaba a las autoridades y vecinos para que construyeran locales adecuados y no desistía, hasta lograr su propósito, pues de los fondos del Gobierno señalaba desde luego una buena parte para el principio de aquella obra.

Tenía una gran estimación por la raza indígena, expresándose siempre de ella con palabras afectuosas; los defectos que esta raza tiene, decía, provienen del abandono en que la hemos tenido y de la pésima educación que le dieron los hombres de la colonia. Presagiaba para esta raza, así como para los hombres del campo y del taller, días más bonancibles; en Administraciones gubernativas posteriores.

Cuando el Gobierno Federal obligó, de acuerdo con las leyes sobre terrenos baldíos y sobre extinción de comunidades, que vinieran sus agentes para hacer el deslinde de terrenos, cómo tenían que resultar grandemente perjudicados los indígenas, el Sr. General Jiménez se opuso tenazmente, presentando cuantos estorbos le fué posible para que no se realizara aquel despojo. Decía, a sus íntimos, que no se trataba sino de robos que encabezaba Dn. Manuel Dublán, entonces Ministro de Hacienda.

Este y otros actos en los que el señor Jiménez se manifestó opositor tenaz a la política del Gabinete de Dn Porfirio muy especialmente en contra de Dublán y de Romero Rubio, que era Ministro de Gobernación, ocasionaron que se desatara una política en su contra en las altas esferas gubernativas.

Decepcionado el Sr. General Jiménez de la política de los porfiristas y suponiendo, tal vez, que no contaba ya con el apoyo pleno del dictador, resolvió abandonar el Gobierno del Estado de Michoacán, pidiendo una licencia al Congreso para separarse, la cual le fué concedida con fecha 4 de julio de 1891.

Salió el Sr. Jiménez para México y, meses después sintiéndose enfermo, pretendió volver a su Estado natal habiéndolo sorprendido la muerte entre Cieneguilla y Salomé en camino para Oaxaca, el día 28 de febrero de 1892.

Al saberse en Michoacán la infausta noticia, se dispuso que se guardara luto por tres días en las oficinas públicas y se suspendieran, durante nueve todas las diversiones, músicas o cualquiera demostración de regocijo. Que las alumnas de la Academia de Niñas, plantel que él había fundado llevaran luto y que se colocara el retrato de tan distinguido gobernante en todas las escuelas y oficinas públicas.

El Sr. General Jiménez fué un Gobernante probo; jamás especuló, ni toleró que se especulara en los empleos o negocios públicos. Vivió y

murió pobre. No dejó a sus sucesores haciendas o bienes de fortuna de ninguna especie. Fué casado dos veces; de su primera esposa tuvo un hijo que fué telegrafista y una hija profesora de Instrucción Primaria. De sus segundas nupcias dejó un hijo en la menor edad.

Consultando publicaciones de la época, conversando con personas de edad y recogiendo las opiniones que prevalecen acerca del Sr. Jiménez, he formado estos ligeros apuntes, sujetos a ampliación y tal vez a rectificación, en algún punto en el que yo no haya estado debidamente documentado. Los he formado con el deseo de contribuir a la selección de datos para la Historia de nuestros Gobiernos Locales y que más tarde formarán parte de la Historia de nuestro Michoacán.

Me guió, también, el deseo de rendir homenaje a un hombre honrado, progresista y patriota, que supo honrar la silla de Ocampo con una Administración laboriosa y serena.

Hoy que su Estado natal, Oaxaca, celebra el Primer Congreso de la Historia los michoacanos hemos creído oportuno recordar al Sr. General Jiménez, oaxaqueño ilustre, para pagar en mínima parte nuestra deuda de gratitud para con aquel Estado, cuna de Juárez, que nos dió como Gobernador a uno de sus más preclaros hijos.

MORELIA, MICH., NOVIEMBRE 9 DE 1933.

visitaría las Cumbres de Aculcingo, en uno más El Chiquihuite y al otro estaría en Veracruz.

Los ingenieros trabajaban constantemente y sólo esperaban los elementos ofrecidos por el Gobierno para guardarlos en sitios adecuados.

El día 12 del mismo mes de diciembre afirmaba que, "verdaderamente por no reagrar el erario nacional con nuevos gastos" (1), no escribía a don Benito diariamente, con el fin de darle conocimiento del estado que guardaban él y los hombres confiados a su mando y que por cierto, era a "cada momento más desesperado".

La demora de la escuadra enemiga, debíase, según algunos, al fuerte norte que soplabá; otros afirmaban que la causa era, la llegada de Dubois de Saligny; pero cualquiera que fuese tal motivo habría que tomarlo por favorable, pues podría salvarse el material de guerra acumulado en la fortaleza de Ulúa y en la misma plaza de Veracruz.

López Uruga dejaba a la consideración del señor Juárez, los crecidos gastos que tendría para la desocupación; pero todo lo había dejado en manos del general Llave, pues él, carecía de recursos y no tenía manera de allegarlos.

La noticia que le daba don Benito de confiar el Ministerio de Relaciones a don Manuel Doblado, le parecía muy grata. Por ello lo conjuraba "a nombre de la Nación" para emplear como merecía, "esta ilustrada capacidad en beneficio del Pays, permitiéndole formar un Ministerio digno".

El día 13 de diciembre de 1861, el general López Uruga, dió "las más sinceras gracias" a don Benito Juárez, en su nombre "y a nombre de la Nación", por el

(1) Carta del Gral. López Uruga a Dn. Benito Juárez.—Veracruz, 12 de Dic. de 1861.—Archivo de don Benito Juárez.—Leg. No. 3.—Biblioteca Nacional.

acierto que había tenido al nombrar a don Manuel Doblado para Ministro de Relaciones. Creía que tal determinación, "ha salvado al país en la dura prueba á que vá a ponerle la invasión europea que nos amenaza". Don Benito Juárez podía descansar en que, desde dicho momento, López Uruga tendría "multiplicadas" sus facultades de acción "no como si estuviese mutilado, sino como poseedor de "otros miembros extraordinarios".

Además, ahora sí encontraba la cooperación "más completa" del general Llave y la excelente disposición de los pueblos de los Estados de Puebla y Veracruz. Podría, pues, alistarse para la guerra y don Benito creer "que si toca sucumbir a las Armas nacionales, en la lucha que se prepara, no será sin honor. Luchamos con la escasez consiguiente, que nadie mejor que Vd. podrá apreciar; pero aunque no nos manden dinero, arbitramos los medios de salvar el buen nombre de la patria, pues tengo la convicción de que sabrán apreciar, dirigir y apoyar ntrs. esfuerzos". En todo esto se apoyaba López Uruga, para pedir a don Benito Juárez, que con Manuel Doblado tuviera la dirección del Gabinete con su carácter de Ministro de Relaciones y que se mantuviera en íntimo contacto con el de Guerra, "que hoy encierra en su cartera el porvenir de México".

El general enviaba al Presidente el ejemplar de un decreto, acerca del cual hace los siguientes comentarios: "Obrando de acuerdo con el Sor. Llave y conociendo que las disposiciones dictadas en Veracruz van a dar el tono ó carácter á la guerra, hemos creído indispensable dictar providencias serias, por pesadas que vengan a resultar en casos excepcionales".

Por lo demás, ya estaban dictadas todas las disposiciones para evacuar Veracruz y el gobernador del Estado tenía el encargo de interrogar al jefe de las fuerzas apostadas en Antón Lizardo.

No se olvidaba don José López Uruga de felicitar a Juárez y al general Ogazón por la derrota de Lozada, el Tigre de Alica, esperando que cuanto antes fueran movilizadas las fuerzas de Jalisco para contribuir a la defensa de Veracruz. (1).

El día 14 de diciembre decía, que las comunicaciones oficiales darían cuenta de lo que había ocurrido con el jefe de la Escuadra Española, de cuyo suceso la falta de tiempo le impedía dar pormenores; pero ya escribía a los gobernadores de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, anunciándoles que había llegado el momento y que, de no apresurarse el envío de sus tropas, "podrían conservarlas para defender sus propias garitas". (2).

Suplicaba al señor Juárez que agitase a todos, pero al de Puebla especialmente. Por lo pronto, debía confiar en que, "a pesar de la tristísima condición que guardan nuestros medios de defensa y mi espíritu, al ver que antes de 24 horas pisara nuestro suelo un arrogante extranjero" haría cuanto fuere posible con la mayor eficacia, "por dejar bien puesto, mas adelante, el honor de las armas nacionales".

Al día siguiente —15 de diciembre— el general López Uruga ya no escribió desde Veracruz, sino de San Juan de la Estancia. Decía al Presidente Juárez que por la carta que había dirigido al Ministro —supongo que al de la Guerra—, se "impondría" de ciertos pormenores que lo tenían "lleno de disgusto y pena" para poderlos repetir. Había evacuado la plaza de Veracruz "en el mayor orden posible", a pesar de un accidente en el ferro-

(1) Carta del general don José López Uruga a don Benito Juárez.—Veracruz, 13 de diciembre de 1861.—México.—Archivo de don Benito Juárez.—Legajo No. 3.—Biblioteca Nacional.

(2) Carta del Gral. José López Uruga a D. Benito Juárez.—Veracruz, 14 de diciembre de 1861.—México.—Archivo de D. Benito Juárez.—Legajo No. 3.—Biblioteca Nacional.

carril "que amenazó obligar a estas pobres tropas de salir a pié".

El señor Juárez debía estar persuadido "que si esos hombres (1) se resuelven a avanzar, perderemos toda nuestra artillería" y esto sería el resultado "de haber tenido nuestros negocios en manos impotentes".

La plaza quedaba casi vacía de familias mexicanas y según creía López Uruga "si hubiéramos tenido elementos de movilidad suficientes, sin obligar a nadie, habría quedado Veracruz solo". (2).

Esto le llevaba a recomendar que don Benito no aprobase solamente el bando que publicó en Veracruz, sino a reglamentar el artículo 8o., en que se declaraba traidores a quienes permanecieran entre los enemigos, "porque como ya dije a Vd. en mis anteriores éstos primeros pasos van á dar tono o caracter a la guerra que vamos a sostener".

Había notado los buenos efectos de la disposición, pues ya miraba "conmovido a esos individuos cuyo patriotismo ha estado empolvado: y algunos ántes que esponerse a manchar su nombre, han salido á pié y arrastrando toda clase de dificultades"; pero tan sólo el tiempo y la experiencia podrían proporcionar las normas para reglamentar penas que podrían tener como resultado directo e indirecto "el proporcionar elementos de hombres y dinero", pues hubo quienes ofrecieron sostener determinado número de hombres o entregar fuertes cantidades de dinero para obtener un salvo-conducto y "salvarse de la tacha de traidores".

El puerto de Veracruz se portaba noblemente, pues "los jóvenes mas distinguidos" salían a levantar fuer-

(1) Las tropas invasoras.

(2) Carta del general don José López Uruga a don Benito Juárez.—San Juan de la Estancia, 15 de diciembre de 1861.—México.—Archivo de don Benito Juárez.—Legajo No. 3.—Biblioteca Nacional.

zas: "el batallón G. N. 1 tenía altas en lugar de bajas antes de salir". "Un poco de tiempo, buena dirección y qué comer, y no triunfará el enemigo", eran las últimas palabras de López Uruga, en su carta del 15 de diciembre de 1861.

El día 20 ya estaba en Córdoba y en esa fecha acababa de recibir la "favorecida" de don Benito Juárez del día 18 del mismo mes de diciembre (1861), la cual no contenía los documentos del Ministro de la Guerra y a los que se refería el mismo señor Juárez. López Uruga "veía con gusto" que se aprobaban todas sus determinaciones, de donde resultaba que a todos animaban iguales sentimientos. Por otra parte, manifestaba su conformidad con la política que debía seguirse en la guerra y prometía ser "fiel observante de ella".

El ejército que tenía bajo su mando, carecía de "recursos" y de víveres. Nada querría decir sobre la situación que guardaba, ante su deseo de ahorrar al gobierno, "quejas y lamentos"; pero preveía desgraciadamente las consecuencias de aquella "horrible escasez". Había tomado todas las precauciones posibles, trabajaba sin tregua aparte de que, las preocupaciones y las necesidades del Ejército le quitaban el sueño. No podía negarlo; a pesar de "la actividad y energía desplegadas", todo les faltaba y sólo las gentes del gobierno radicadas en México harían menos duro el estado que guardaban.

Dedicábase a recorrer toda la línea establecida para la defensa y anunciaba que saldría para Orizaba en el curso del siguiente día (21 de diciembre) donde permanecería por algunas horas, regresando a pernoctar en la ciudad de Córdoba. Luchaba sin descanso; pero decía: "no es actividad por cierto lo que nos hace falta, sino recursos que están completamente agotados", por más que usaba de medidas extremas para conseguir ali-

mentos y forrajes "que bastan para aliviar nuestra situación sino algunos momentos" (1).

En una post-data refería lo siguiente: "Acaba de llegar el S. Gefe Político de Orizaba y me noticia que en esta ciudad ha habido un motín ocasionado por la tropa, contra los españoles. Como digo a V. antes mañana pasaré á Orizaba y quien sabe que clase de providencias tendré que tomar porque hay momentos en que mas parece uno gefe de presidio que de un ejército".

A pesar de sus propósitos, López Uruga no regresó de Orizaba el mismo día 21 para pernoctar en Córdoba, pues con fecha 22 escribe a don Benito desde la primera ciudad informándole que hacía todo lo posible para corregir "un desorden que tuvo lugar la noche anterior por los oficiales de Caballería de Oaxaca". Ahí recibió, tanto una carta de Juárez fechada el día 20, como los oficios del general Zaragoza en que le participaba "el modo y términos" en que había emprendido su marcha la fuerza que mandaba; pero comentaba el acontecimiento en esta forma: "Y si bien recibo una verdadera satisfacción con el aumento de esa fuerza, me acongoja la consideración de la escasez de socorros en que viene y los ningunos recursos con que por aquí contamos para las atenciones mas precisas. Principalmente con relación a pasturas hay una falta absoluta, pues no se encuentra ya ni de donde tomarlas, siendo tan subidos los precios de ellas que á comprarlas en los puntos en que las necesitamos nos vendría a costar cada caballo un peso diario. Sabido es que los carros que comercian en Veracruz son los introductores de pasturas y que hace tiempo que ocupados en el transporte del material de Veracruz solo

(1) Carta del general don José López Uruga al licenciado don Benito Juárez.—Legajo No. 3.—Biblioteca Nacional.

consumen sin traer un grano de maiz o cebada: asi es que han agotado todas las mercancías de por aquí, y no queda otro arbitrio que proporcionarnos esos artículos así como paja del Estado de Puebla, a cuyo Gobernador me he dirigido de oficio y en lo confidencial con este objeto; pero la verdad entiendo que el señor Ibarra (1) no es de los mas a propósito pa. las necesidades de la situación y mas valdría declarar aquel Estado en el Sitio; y ya doy orden al Sor Zaragoza para que se traiga como pueda y cuantas les sea posible a su transito por aquel Estado". (2).

Las últimas noticias que tenía en sus manos el general López Uruga y que le llegaban por muy buenos conductos hacían saber que "el enemigo", emprendería sus operaciones en lo que faltaba del mes de diciembre. Per ello mismo, deseaba prevenirse para cualquier evento; pero la falta de recursos lo mantenía en ascuas.

El famoso desorden ocurrido en Orizaba tuvo "mas de escandaloso que de perjudicial": "dos o tres asaltos a las tiendas de donde sacaron zapatos y camisas y el conato de incendiar una" donde a lo sumo "ahumaron la puerta y algunos ultrajes a súbditos españoles", fué todo a "lo que se redujo"; pero López Uruga consideraba como una desgracia muy personal que lo hubiesen promovido los oficiales de la Guardia Nacional de Oaxaca.

Pocos momentos después que terminara su carta, regresaría a Córdoba "para activar los trabajos de defensa y administración".

Los últimos partes de sus exploradores decían lo

(1) Don Francisco Ibarra.

(2) Carta del Gral. don José López Uruga al Lic. don Benito Juárez.—Orizaba, 22 de diciembre de 1861.—Archivo de don Benito Juárez.—Legajo No. 3.—Biblioteca Nacional.